

DOCTORA MONIQUE LIONS SIGNORET (1926-1990).  
CEREMONIA LUCTUOSA

1. *Palabras del licenciado Jorge Madrazo, director del Instituto de Investigaciones Jurídicas*

El pasado 8 de marzo la doctora Monique Lions Signoret, investigadora titular "C" de tiempo completo de este Instituto, dejó de estar entre nosotros.

Muchos de quienes fuimos sus compañeros pudimos ir a la casa funeraria a darle el último adiós. La circunstancia de que su deceso ocurriera en un día inhábil dentro de nuestra Universidad, impidió a muchos otros amigos de la dependencia acompañarla en la postrer ocasión.

La comunidad del Instituto, todavía doliente, quiere ahora rendirle un reconocimiento más; reconocimiento que hacemos de manera sencilla, académica, sobria, sin ostentación alguna. Acaso, al hacerlo así, exaltamos unos pocos de los muchos atributos y virtudes de la doctora Lions.

De alguna manera, Monique representaba lo que con justa razón se han llamado los años heroicos del Instituto. Su nombre lo recordamos asociado a los de Javier Elola, Antonio Aguilar, Fausto Rodríguez, José Luis Zambrano, Néstor de Buen, Elsa Bieler, Modesto Seara Vázquez y, desde luego, Héctor Fix-Zamudio.

Habiendo ingresado al Instituto como investigador ordinario el 15 de junio de 1956, hizo aquí una larga carrera, tanto con esta categoría como en la de colaboradora especial. Sus publicaciones fueron múltiples y su colaboración en cursos y eventos siempre seria, sistemática y responsable.

No podría yo decir que la traté por una larga jornada, apenas poco más de una docena de años, ni que hubiésemos mantenido una estrecha amistad. Sin embargo, primero como secretario académico del

Instituto y después como director, llegué a conocerla, estimarla y respetarla. Su esposo, el doctor José de la Herrán, con quien tuve el honor de compartir una de las más difíciles trincheras universitarias, acercó mucho más mi relación con Monique.

No pueden contarse de ella muchas anécdotas; siempre realizaba su trabajo de investigación de manera serena, pero al mismo tiempo intensa y puntual; no gustaba de participar en los rumores de pasillo y las charlas de café no eran propiamente de su predilección. No alardeaba sobre los resultados de su trabajo ni llegó nunca a afirmar que había escalado las más altas cumbres de la jurisprudencia; pero eso sí, todas las mañanas podíamos encontrarla en su cubículo, siempre reposada, siempre concentrada. Al hacer el recuento de los mínimos para las publicaciones periódicas, nunca había dificultades ni era necesario buscar equivalencias para el caso de Monique. Muchas veces, ya para mediados de año, podíamos colocar una paloma junto a su nombre;

Nunca eludió el debate realmente académico con sus compañeros; era ella siempre una de las primeras en solicitar su inclusión para intervenir en el seminario interno.

Cuando iniciamos el convenio de colaboración con el IRETIJ de Montpellier, nos era urgente que los técnicos académicos del Centro de Documentación avanzaran hacia el dominio del idioma francés. Con gran espíritu solidario la doctora Lions se ofreció para impartir los cursos regulares. Monique se sentía muy contenta con esta tarea; significaba para ella cumplir con la obligación docente que tenemos todos los investigadores de carrera.

Pocas veces llamó la doctora a la puerta de la Dirección o de la Secretaría Académica; no generaba problemas ni los construía artificialmente.

Su quebrantada salud, casi durante todo el tiempo en que la conocí, la obligaba a solicitar licencias personales. Siempre llegaba con el justificante médico por delante. Fue una mujer noble, auténtica y valerosa.

Una de las deficiencias de nuestro nuevo edificio se recrudeció en el cubículo de Monique. Un goteo permanente, casi de campo de concentración, se presentó en la lámpara colocada encima de su escritorio. Nunca se rasgó las vestiduras ante este serio inconveniente, no obstante la obstinada gota hubiese formado un lago a su alrededor. Si provisionalmente cambiamos su cubículo fue gracias a la noticia de interposición de una persona.

El año pasado con motivo del Bicentenario de la Revolución Francesa organizamos un Coloquio Jurídico relacionado con esa celebración. Designé a la doctora Lions como coordinadora técnica. Recibió la noticia con entusiasmo y con entusiasmo trabajó en la organización. Si tuvo que dejar esta tarea fue porque, ya para terminar el año, las fuerzas la habían dejado drásticamente.

La noticia de su partida, si bien mucho nos dolió, no nos sorprendió totalmente. Telefónicamente me había avisado de su fecha de internación en el hospital y de su ruego de que no la visitáramos ahí. La última vez que todos la vimos, fue para entregarle su diploma por sus treinta años de servicio a la Universidad. Recuerdo que su aliento, prácticamente nulo entonces, le impidió dirigir unas palabras.

Hoy que se nos ha ido, la recordamos con cariño y respeto. Su vocación, sus convicciones, sus ideales y su trabajo esmerado han quedado impresos para siempre en las páginas de las publicaciones del Instituto. La fragilidad de su presencia física siempre contrastará con la fortaleza de nuestro recuerdo.

## *2. Palabras de la señora Antonia Peñaloza Martínez, en representación del personal administrativo*

Antes que todo, quiero agradecer al licenciado Jorge Madrazo, director del Instituto de Investigaciones Jurídicas de la UNAM la amable invitación que se ha servido hacerme para participar en nombre de mis compañeros administrativos en este homenaje póstumo que se rinde a la doctora Monique Lions.

Mi intervención será corta, humilde y honesta. Ofrezco disculpas por si existe algún error en estas palabras que escribí a la memoria de la doctora, son palabras sencillas pero se las hice de todo corazón.

Otras personas, principalmente juristas, se ocuparán de la magnífica obra que dejó dentro del campo del derecho, yo en cambio solamente me referiré a aspectos personales y humanos que caracterizaron la vida de la doctora Lions.

Mil novecientos sesenta significó una fecha doblemente importante para mí; por un lado, tuve la oportunidad de ingresar al entonces Instituto de Derecho Comparado y, por otro, la fortuna de conocer a la doctora Monique Lions. ¿Cómo era ella? Considero, sin ningún temor a equivocarme, que fue una mujer de refinada educación y que además

tuvo la cualidad de ser una ejemplar investigadora, características que difícilmente se pueden encontrar en una persona. También demostró un enorme cariño hacia el Instituto, su segunda casa creo yo.

Colaborar para ella, por ejemplo en trabajos de mecanografía, siempre fue un verdadero placer, ya que nunca tuvo para nosotros una llamada de atención, sino al contrario, palabras de aliento y de apoyo.

Las veces que tuve la oportunidad de trabajar en su casa, haciendo igualmente trabajos mecanográficos, fueron las ocasiones para conocer la verdadera personalidad de la doctora Lions y así iniciar una sincera amistad.

Fue una persona que siempre combatió la soberbia, en cambio fomentó de manera permanente la generosidad.

Una de las actividades que hizo que se ganara aún más el afecto y aprecio por parte de los becarios, técnicos e investigadores, fueron sus amenas, agradables y exigentes clases de francés, que ella con el mayor gusto, dedicación y vocación les proporcionaba.

El trato que tuvimos con ella estos últimos años nos sirvió para darnos cuenta que gracias a su lúcida inteligencia y sabia educación, siempre estuvo dispuesta a dar una palabra de aliento para los que pedían un consejo, ya fuera personal, familiar o, bien, relacionado con el trabajo.

Pienso que su familia se formó por su esposo —bella persona—, sus libros, sus investigaciones, el Instituto y, en general, todos sus amigos que la estimamos.

Ya estando en las nuevas instalaciones de nuestro Instituto, la salud de la doctora Lions —como le llamábamos sus amigos— vino a menos; sin embargo, ella nunca perdió la fe en sí misma ni el ánimo por la vida, al contrario, estuvo atenta y educada, tan es así que cuando la encontrábamos en los pasillos o la visitábamos en su cubículo, tenía la palabra oportuna y la conversación amena.

Hoy, 1990, después de treinta años de haber compartido su amistad sincera y desinteresada, ella nos abandonó.

Coincido con aquella idea de que las personas no mueren mientras sus obras, ideas y pensamientos perduren.

Para finalizar deseo nuevamente agradecer a las autoridades del Instituto, el alto honor y la oportunidad de haber dedicado un bello y hermoso recuerdo a la memoria de la doctora Monique Lions.

*Descanse en paz.*

3. *Palabras de la licenciada Dolores Beatriz Chapoy Bonifaz, en representación del personal académico*

Tres atributos condensan la esencia de mi amiga: disponibilidad, fortaleza y silencio.

Recogida toda en sí misma, no dejaba de estar abierta a la comunicación con una disponibilidad al amigo y al colega, enmarcada en la mayor amabilidad. Si cada vez tenía menos que decir, era porque en su interna madurez descubría que relacionarse no es deleitarse con el sonido de la propia voz, ni siquiera guardar silencio mientras otro habla: es escuchar. Toda petición de ayuda fue acogida, toda necesidad remediada, su saber y sus bienes fueron compartidos con quien los solicitó. A nadie despidió con las manos vacías.

Fue fuerte, con una fortaleza que no podía emanar de su masa física, que en ella siempre fue leve. Quebrantada su salud en los últimos tiempos, ausente por esto con frecuencia, no dejó de cumplir escrupulosamente con su trabajo, presentado siempre con la claridad que da un pensamiento metódico, expuesto nítidamente, perfectamente estructurado, sin que faltara nada y nada estuviera de más. Y esto aun en su última labor en el Instituto, su participación como organizadora y como ponente en el Coloquio Jurídico sobre el Bicentenario de la Revolución Francesa, que queda recogida en la Memoria del mismo; tarea que —confesado en rara develación— le costó diez veces más dedicación que cualquiera otra que hubiera realizado.

Tan recia que nos hizo partícipes de su poderío en su última aparición en esta institución, que mucho la conmovió: el merecido homenaje que se le rindió por sus treinta y dos años de dádiva de sí misma y de participación en el quehacer del Instituto de Investigaciones Jurídicas. Fuerza en su última imagen, legada para el recuerdo a sólo unas semanas de la consumación de su existencia temporal, de su tránsito del tiempo al presente ilimitado. Su frágil figura siempre elegante, perfectamente estructurada y sobriamente compuesta como el trabajo desarrollado en ese lapso de labor fecunda, esmerado aderezo y sereno aspecto, arrojó evidenciado en su compostura. La tranquilidad es la manifestación estática del valor.

Y si sólo una virtud hubiera de caracterizarla esa sería el silencio.

El hermético mutismo con el que recatadamente veló de la curiosidad ajena su ser y su devenir por el mundo; el mismo con el que su callada amistad resguardó la privacidad de sus amigos y de sus colegas

de cualquier indiscreción, el silencio con el que envolvió hasta asfixiarlo cualquier comentario malicioso. Sus palabras transparentaron siempre la razón y el afecto, nunca la bajeza.

El sosiego que generaba en sí misma para abstraerse en su obra, reposo interno en el que encontraba la fuente de su organizado discurso y el medio para depurar sus ideas, decantadas hasta hacer diáfano su sentido; calma en la que se reencontraba con su esencia, por esto celosamente defendida. Quietud que producía como máxima expresión de respeto y cortesía hacia los demás, cuya concentración profundamente respetaba y siempre protegió. Su hablar no fue fruto del amor propio ni del ocio, nunca fue distracción retumbante.

Como el Principito, para regresar a su estrella tenía que dejar atrás su corteza, demasiado pesada —aun siendo tan liviana— para transportarla tan lejos. Si Saint-Exupéry se consolaba oyendo la risa de su amigo en todas las estrellas —lo que el afecto une nada lo separa— a Monique se le escucha en el silencio.

Vacía ya de materia, transmutada, expandido su espíritu, pura energía a la que ya nada contiene; sólo un silencio fundido en el Silencio.